

EL ARTESANO: PARADIGMA DE VALORES HUMANOS

F. CALVO CALVO
SENADOR

Excelentísimas e Ilustrísimas autoridades; Señoras y Señores, queridos amigos:

Después de la amable presentación del Profesor Peláez del Rosal, me considero obligado justificar mi participación en este hermoso acto, es decir, debo explicar qué puede aportar un, digamos, científico a una cordial reunión de artesanos.

En primer lugar les diré que mi mundo dentro de la ciencia han sido los materiales; fundamentalmente los metales, cuya historia esta muy unida a los cerámicos, por su propia naturaleza y por el uso que en ambos casos se hace del fuego y de los otros tres elementos aristotélicos (aire, agua y tierra).

El fuego debe estar en el trasfondo de cualquier discurso sobre *Artes y Artesanos* de la cerámica y la metalurgia por ser elemento esencial; al fuego dedicó ya Plinio El Viejo el siguiente párrafo:

“Al terminar nuestro examen de la forma como la inteligencia humana acude al *arte* para imitar a la naturaleza, no podemos sino maravillarnos del hecho de que el fuego es necesario para todas las operaciones, toma las arenas de la tierra y las funde, ya en vidrio, ya en plata, ya en minio o en uno u otro plomo, o en alguna substancia útil al pintor o al médico, por el fuego los minerales se desintegran y se obtiene cobre; en el fuego nace el hierro y por el fuego se subyuga; por el fuego se purifica el oro; por el fuego se queman las piedras para levantar las paredes de las casas...El fuego es el elemento inconmensurable, incontrolable -decía Plinio- con respecto al cual es difícil decir si consume o produce más”.

Antes de dejar apagar esta referencia al fuego, transcribiré una alusión de Biringuccio a otro fuego, al fuego que se consume sin dejar residuos, que es más poderoso que ninguno y que tiene como operario al gran hijo de Venus, le venían a la memoria los muchos sublimados, destilados y humos que se habían producido al arder el más poderoso fuego del amor, del que supo en los más alejados países por conducto de otros hombres, pero también por él mismo, en su propio pecho, lo que le permitió valorarle como el más caliente de todos los que el mundo llama *fuegos*. Este del amor, Señor Biringuccio, estará perdiendo calor, le falta el viento del coraje; sobran humos; falta llama, si no se pone remedio solo se pondrán ya templar gaitas.

Es privilegio del metalurgista el poder situarse muy al principio en la historia de las *artes*, y conocer así su desarrollo y valorar su incidencia en el hecho de las sucesivas o simultáneas, pero distintas, civilizaciones.

El caso es que, desde la perspectiva de mi limitada ciencia de los materiales, me he

ido aproximando a las artes -casi residuales-, lo cual me ha permitido descubrir en el mundo artesanal unos valores que estoy dispuesto a pregonar impregnado de asombro, reconociendo la lección de calidad humana que he recibido cuando me he acercado a vosotros con curiosidad y humildad.

Pero es que, además, vuestro apasionante quehacer, que empezó hace miles de años, es un compendio de ingenio, habilidad, buen gusto y generosidad en el trabajo, que contrasta con la zafiedad, torpeza, mal gusto y escaqueo laboral que hoy domina en la sociedad.

Hace solo unas semanas tuve ocasión de desarrollar estas ideas en el Senado y lo hice porque soy un convencido de que la industria artesanal sigue felizmente viva, y contribuye, acaso como ninguna otra, a que a nuestras vidas no les falte calidad, creo firmemente que nuestra sociedad necesita de vosotros por pura salud mental y espiritual; vosotros aportáis la gracia y la belleza que esta necesitando nuestro ambiente social ante tanta vulgaridad y hastío, bien que en medio de comodidades no siempre merecidas, opino que la artesanía merece ser cuidada con rigor, pero con mimo, dado el espíritu creador de sus *artes*, para que pueda redimir a este mundo ruidoso, soberbio y paradójico de las llamadas nuevas tecnologías y de la nueva sociología de masas y élites. No falta quien cree que convendría darnos un respiro atemperando el progresismo, limitando el abuso tecnológico y mejorando la educación fundamental, cuya falta deteriora el vivir de cada día.

En vuestras *artes* de hacer las cosas están las raíces del conocimiento y, desde el principio, en ese *hacer* estuvieron siempre las manos junto a la cabeza, pensar y hablar sin *hacer* es uno de los fraudes de la llamada modernidad. Las nuevas tecnologías han movilizado a más parladores que creadores en tanto que el artesano calla y labora... y ora. Las manos, amigos, están siendo las grandes postergadas, las grandes ignoradas, aunque, paradójicamente, sean también las más protegidas por los guantes más variados. Esas manos, instrumento del talento creador, están siendo inutilizadas por el pedante discurso pseudofilosófico-ideológico. Durante mi vida activa en la Universidad he procurado transmitir a los alumnos la importancia de la "cultural manual" para su completa formación, cualquiera que fuese su especialidad.

Las manos, les decía, son las grandes postergadas: las manos para crear obrando. Esas manos para desarrollar el talento, son las que quería llevar a su consideración. Pueden pensar ustedes que nuestras extremidades cobran especial valor cuando se nos van quedando atrás, cuando ya se niegan a seguir el ritmo y la agilidad de nuestra cabeza, cuando la edad, o lo que sea, hace de nuestras manos torpes garras. Acaso sea verdad. Pero con mano torpe ya, aún no dejo de repetirme el homenaje que escribió para ellas un autor anónimo: "Pero un día cualquiera entre un millón de años -decía- al hombre, criatura de Dios, estando quizá en el fondo de la cueva, se le ocurrió mirar una de sus manos; comenzó a moverla lentamente, a probar todos sus movimientos. Tenía ante sí, aunque sea difícil que lo sospechara, el instrumento más perfecto y delicado de toda la naturaleza; la máquina más poderosa que ha podido soñarse. Nada podría serle negado a aquella herramienta, desde una caricia hasta la posibilidad de trastocar la faz de la tierra y completar así la creación. Y empezó la cultura".

Por eso equipé al Colegio Mayor San Raimundo de Peñafort de la Universidad de Barcelona que me correspondió dirigir -por cierto, con la colaboración del profesor Peláez del Rosal- con unos talleres (de mecánica, madera, electrónica...), junto a una envidiable biblioteca; y por eso invité a un herrero rural a que impartiera una memorable lección de su arte desde mi cátedra, lección que fue escuchada por una audiencia más numerosa que nunca que acudió ansiosa y escéptica a presenciar el insólito y atrevido experimento. Me atreví a pedir a mi entrañable amigo Jesús -el herrero- una lección magistral, el tipo de lección que los que tenemos por oficio darlas, o por obligación tomarlas, debíamos estar siempre dispuestos a recibir. En aquel

caso fue la lección de quien supo hacer con los metales y de los metales lo que en cada momento necesitó, y lo hizo superando con talento, con intuición, con tesón, con arte y con humildad, lo que acaso le faltara de medios y conocimientos básicos. Y ello nos dió la oportunidad de meditar sobre nuestra vanidad ante su ejemplar sencillez y la noticia de su habilidad con el hierro. De las pocas cosas que sabemos bien -le dije a aquel artesano- quiero destacarle una; sabemos que algunos estamos en la Universidad porque hombres como Vd. y como otro talentado sabedor de artes de hacer y amigo común -Eusebio- han aceptado, pacientes, su destino, y nos dan cada día, sin proponérselo, con envidiable señorío, la gran lección de trabajar bien y a gusto.

Era importante entender lo que el herrero nos dijera; situados en su momento y en su mundo. Si fuese verdad nuestro conocimiento de los metales o de los materiales cerámicos desde otra perspectiva que la de un cabal herrero o ceramista, estaríamos en trance de encontrar la conjunción de dos menesteres necesarios, conjunción que vengo viendo buscar sin demasiado convencimiento, desde que uso de la razón científica. A ello se refería hace ya más de doscientos cincuenta años Reamur en unos términos que me parece oportuno transcribir dada la ocasión y el significado de este acto; decía así:

“Qué nuevos perfeccionamientos no se hubieran producido si los estudiosos que hubiesen adquirido conocimiento y experiencia en las varias partes de las ciencias naturales se hubieran tomado la molestia de examinar y razonar los ingeniosos trabajos desarrollados por el hombre adiestrado en su taller. De esta manera, ellos mismos apreciarían las necesidades del oficio, las limitaciones que han tenido retrasado al artesano, las dificultades que han obstruido su camino, y la ayuda que se pueden prestar mutuamente los oficios, todo lo cual raras veces esta en condiciones de percibir el propio trabajador, al que así se le pondría en situación de hacer nuevos útiles y descubrimientos. Al mismo tiempo, podrían aprender de él que parte de la teoría debe cultivarse con más interés, con objeto de explicar mejor los aspectos prácticos; y cómo enunciar ciertas reglas útiles en relación con las delicadas operaciones que dependen, hasta ahora -decía Reamur- de la intuición de un hombre hábil cuyo éxito es, demasiadas veces, incierto”.

Ustedes, en su modestia, acaso se pregunten a qué descubrimientos se refería Reamur en su disertación; yo no lo se porque no cita ninguno concreto, pero yo puedo citarles uno de mi cosecha personal que espero les interese. Se refiere a la artesanía de la metalisteria, más concretamente a la joyería, (orfebrería) que también es *arte* de estas tierras, pero antes permítanme que les informe de mis antecedentes metalúrgicos antes de llegar a la cátedra, ya maduro. Mi primer título profesional -documento que conservo como oro en paño- fue de “aprendiz de soldador adelantado”. Los aires de la Guerra Civil me aventaron a otros menesteres. Terminada la contienda me doctoré en Ciencias y -cosas del destino- ingresé como investigador en el Instituto de Soldadura del CSIC, con lo cual recuperé mi categoría de *aprendiz* de soldadura que es lo que afortunadamente he podido hacer toda mi vida: aprender.

Pero vamos al descubrimiento. Se refiere a un parmoso -por antiguo, por delicado y por ingeniosísimo- procedimiento de soldadura descubierto por los orífices etruscos; este es pues mi homenaje desde la ciencia de la soldadura, que llegué a cultivar con cierto éxito, a aquellos anónimos maestros del *arte* que hace cuatro mil años fueron capaces de desarrollar un procedimiento de soldadura verdaderamente asombroso.

Con el nombre de *granulación* se conoce una técnica dentro del *arte* de la joyería en la cual el orífice o el platero utiliza pequeños granos (esferas) de metal para trazar, sobre una superficie metálica, un diseño ornamental o figurativo, los granos esféricos quedaba después de aplicado el procedimiento, soldados *por un punto* al substrato o lámina soporte. Los ejemplares más antiguos de estas joyas u objetos se encontraron en UR (Mesopotamia) y estan datados 2500 años a. de C. El diámetro de los gránulos oscila entre 0,14 y varios milímetros. El número de ellos utilizados en cada pieza era

muy variado; hay collares con 2600 gránulos, pendientes con 4200, brazaletes con 20.000 y una famosa escudilla de Praeneste de 10 centímetros de diámetro esta decorada con 137.000 (el desarrollo lineal de la decoración mediría 215 metros). Los gránulos pueden estar dispuestos por separado o en línea; en superficie o en masa; con o sin sustrato.

Hoy sería un problema para los actuales físicos universitarios la obtención de estos gránulos con forma esférica y de múltiples tamaños, a voluntad, problema sabiamente resuelto por los artesanos orífices hace cuatro mil años.

Obtener la forma esférica, partiendo de un estado líquido, era posible; lo decía el hecho de una lágrima, o una minúscula gota de mercurio, o las partículas del metal contenidas, dispersas, en una escoria. Lo difícil era encontrar *cómo* hacerlo sin saber *por qué* ocurría aquello, cuando interesó la esfera como elemento de decoración.

Logradas las esferas, del material y tamaño deseados, quedaba el problema de unir las firmemente entre sí o al sustrato y en el sitio que, según el diseño ornamental, tuvieran asignado, sin emplear ninguna suelda ni fundente (lo cual sería otro procedimiento).

El procedimiento logrado con asombrosa intuición por aquellos experimentados artesanos, se siguió practicando con diversa fortuna o éxito a lo largo de milenios. Se apagó con unos imperios y floreció con otros, pero nunca se interrumpió.

La historia de los recientes intentos de reproducir el antiguo proceso de *granulación* es muy interesante, pero es larga de contar y estaría, aquí y ahora, fuera de lugar. Pero lo investigado ha permitido reconstruir el proceso que era así:

Una pasta, mezcla de gomas o colas y sales u óxidos de cobre, servía para "fijar" los gránulos al sustrato. Una vez fijados se calentaba el objeto, a 100° C. aproximadamente, las sales de cobre citadas se descomponían dando lugar a óxido de cobre (CUO). A 600° C. se producía la carbonización del adhesivo orgánico (cola o goma); a 850° C. el óxido de cobre se reducía a cobre metálico; este cobre reducido (elemental), en contacto con el oro, se alea con él formando, *local y superficialmente*, una aleación de punto de fusión más bajo que el del metal sustrato y de gránulo; y en el punto de contacto entre ambos, *precisamente en el punto de contacto*, se produce la unión por la incipiente fase líquida formada, suficiente para asegurar la soldadura. Si se prolongase el calentamiento y se repitiese el fenómeno, el cobre depositado difundiría hasta llegar a distribuirse por la masa del sustrato y de la esfera, sin dejar residuo superficial alguno y sin afectar a la calidad de la unión.

Como he dicho, este complejo y asombroso arte tan primorosamente ejecutado, puedo estar olvidado o abandonado durante siglos, y ser utilizado solo en grado menor. No debió ser nada fácil recuperarlo cuando volvió el interés por él, lo cierto es que en 1933 se concedió a H.A.P. Littledale una patente que amparaba precisamente este procedimiento, ¡que se había descubierto y venía aplicándose hacía cuatro mil años! ¿Qué diría el etrusco creador de la Escudilla de Praeneste?

Las manos a que me vengo refiriendo están hoy en vosotros, los artesanos, una población trabajadora ignorada, olvidada o marginada que no cuenta, en el grado que debiera, como fuerza eminentemente social que es; ello es así por la esencial personalidad de sus cultivados individuos. Y es que el artesano es un trabajador diferenciado, un creador que enriquece con su arte los objetos que produce, sin que por ello estos pierdan necesariamente su utilidad; la actividad de este trabajador resulta así singular en el terreno laboral y productivo y, por ello, hace de su ocupación un quehacer amable, cordial y bello -que debiera ser, además económicamente rentable especialmente susceptible de ser realizado en familia o en régimen cooperativo.

El artesano es un paradigma de valores humanos, motivado por destellos de belleza, de provecho o de servicio, que siempre crea algo notable para el patrimonio cultural de su pueblo. Estudiar la evolución de sus oficios, desde las más primitivas ocupaciones

del hombre actual estado, es mucho más importante para discurrir sobre el futuro, que puedan ser los tópicos informes sociológicos, por ejemplo, sobre los marginados.

Es oportuno este homenaje a las *artes* -maneras como se hace o debe hacerse una cosa-. Es oportuno porque estamos en la era de la rutina laboral sin gusto ni calidad, sin ganas; con más botones y dígitos de cristales líquidos que herramientas de mano. Nos estamos quedando mancos, perdiendo habilidad para crear. Se ha degradado hasta el experimento científico, que se ha hecho automático para rendirse a la economía del tiempo que se roba a la observación atenta. El moderno pseudocientífico se sienta ante una consola en la que parpaden unos puntos luminosos y, en su soberbia, no solo no siente la necesidad de entender lo que allí pasa, sino que se enfada si su moderno esclavo, el ordenador -que es en realidad su amo- no le obedece porque se ha interrumpido un circuito.

Nos hemos olvidado del artesano del latón, del estaño, del barro, del vidrio, del hierro, de la madera, del cuero, del bordado... sus bellas creaciones han pasado del taller o del laboratorio al rastro o al chamarilero, cuando se han salvado del empeño de unos nuevos bárbaros que pretenden progresar a golpe de desprecio, ignorando que, como reza un proverbio ruso, lo mejor de lo nuevo es el largo pasado olvidado. Estas consideraciones son a la vez un ejercicio de humildad y admiración y un reconocimiento a quienes tanto hicieron y seguís haciendo, por *arte*, de manera inexplicable, sin saber o poder comprender lo ocurrido.

El cómo se ha hecho las cosas constituye gran parte de la prehistoria de toda la maravillosa estructura del pensamiento y de las civilizaciones. Hay verdadera obsesión con la "Historia de las Ideas" y con el papel que jugaron los grandes "pensadores" en su promulgación. El historiador interesado en la interacción entre las *ciencias* y las *artes*, haría bien en ocuparse de las artes olvidadas o menospreciadas que subyacen en la creación científica. La historia de las *artes* es aún más interactiva con la historia social que lo es la de la propia ciencia, la peripecia de las *artes* empieza con la experiencia personal de un ser humano ocupado con materiales y artefactos.

Para reconstruirla e interpretarla hubo que esperar a otras muchas fuentes que las verbales. El acceso, cada vez mayor, a testimonios tangibles -utensilios y artefactos de origen arqueológico o reciente- devuelve a las *artes* el reconocimiento de su valor para el progreso.

La "Historia de las Artes" y la "Historia de la Ciencia" deberían enseñarse e investigarse en escuelas y universidades. La historia unificada arroja luz sobre la conducta de los seres humanos y ayuda a entender los cambios sociales. Al científico le muestra como los grandes momentos, en los que tuvo lugar una rápida ampliación del conocimiento, están relacionados con una precedente experiencia empírica sobre fenómenos y procesos que se descubrieron y practicaron más por *arte* que por *lógica*. Al historiador, le serviría para sintonizar mejor, para resonar, con una sociedad en tiempo pasado e interpretar los hechos que él deduce de fríos documentos, o de aspectos culturales materializados en la forma, en la decoración o en el uso, llegando a establecer cómo fueron vividos en su día; aprendiendo a leer lo evidente en la estructura de los objetos o en su tratamiento, que reflejan la actitud sensual de los hombres que los conformaron.

Ahora que todo es *nuevo* y *super* -son *nuevos* los materiales, las tecnologías, los planes de estudio; son *super* las aleaciones, los conductores, las "cuerdas"- es un momento para recordar a los operarios artesanos, por ejemplo, del hierro y del barro, antiguos y proletarios materiales ennoblecidos por la habilidad y el arte -como vengo diciendo- guiados por la intuición y el buen gusto.

Los herreros, por personificar en ellos a estos personajes, fueron siempre hombres singulares, una extraña conjunción de rudeza y sabiduría que hicieron de su oficio un rito; un personaje protegido, entre admirado y temido dentro de su pueblo, casta

segregada y endogámica, ceremoniosa y ungida que oficiaba desnuda, purificada por la abstinencia y por el propio fuego de su *arte*. El poder del fuego, la mística de su oficio y la habilidad con sus personajes herramientas, de las que solo se desprendía al morir, configuraban a este peculiar individuo.

Pero las *artes* tuvieron y tiene sus secretos; fueron particularmente cabalísticas y hoy se adornan con ello. La expresión más elocuente de aquel secretar en el oficio es la invitación que, no hace muchos años, hacia un herrero rural a sus parroquianos de la fragua: "Salios que voy a templar", le decía.

Hace poco tiempo fui invitado a dar un curso de forja a maestros de oficio, traté de darles mi interpretación de su *arte* a la luz de otros saberes que los suyos. Salfamos, pues, al encuentro desde dos perspectivas distintas del mismo mundo, el del hierro. El encuentro se produjo en terreno de ambos y ninguno; en un antiguo monasterio, el de Santa María la Real de Aguilar de Campoo, buen lugar para la reflexión; aire limpio, agua de berros, piedra de grano, fuego de sol, y de fe para quien quisiera. Nos enseñamos muchas cosas, parece mentira que alrededor de una fragua nos encontrásemos tan próximos y tan distantes, y, a la vez, tan identificados. El Sr. Vicente -un forjador de ochenta y tres años, que hubiera muy bien cumplido los quinientos por lo que hizo y cómo- cuando arrojaba arena de miga sobre el hierro candente lo hacía para "meterle calor", cuando con una escobilla mojaba la pieza al rojo vivo, algo de aquella "se metía" en el hierro y le endurecía; cuando soldaba, "pegaba", metía, sacaba, golpeaba y refunfuñaba echando de menos más viento, mejor carbón, otros hierros, y otros tiempos, pero acabó dominando la materia, forjando un hermoso candelabro y "pegando" acero y hierro.

Con cuantas explicaciones y con cuantas ganas quería enseñarnos lo que él sería capaz, sin duda, mejor que yo, aunque no supiera por qué. Se repetía así la memorable lección de humanidad, intuición y destreza que el otro herrero (JESUS JUEZ) diera en nuestra Facultad. Estos herreros artesanos están en su derecho de no profundizar en por qué el hierro, para hacerse acero, necesita que el carbono se le "meta" desde las brasas, ellos se ocupan en hacer, por *arte*, útiles. Para ellos no ha llegado, o se les ha pasado el momento de entender la alotropía del elemento hierro o el diagrama de equilibrio del sistema hierro-carbono, o cómo se interpretan la plasticidad y la fragilidad de los metales, pero les gusta que alguien que entienda se lo cuente para eso, para quedarse con el cuento.

Cualquier otro *arte* sería de igual provecho para que los tecnólogos de hoy entendiesen mejor no solo el tiempo pasado sino el por venir. Con ello el lego se vería estimulado a pensar en cómo hacer las cosas, lo cual puede ser una actividad tan creadora como la que se reconoce sin discusión, y a veces sin recato, a ciertos artistas posmodernos, y a profundizar en las raíces de la civilización tecnológica actual.

La nobleza, la importancia y el valor de las artes se reconocieron en las "ordenanzas de oficios". En aquellas ordenanzas se empezaba mandando que no se hicieran juntas ni ayuntamientos contra lo previsto y mandado por la ley. Y seguían mandando y ordenando que ninguna persona ni oficial de dicho oficio pudiera poner, ni pusiera, tienda sin ser primero examinado. La provisión de que nadie que no hubiera sido propiamente examinado hiciera labores de oficio ordenado alcanzaba al mismísimo Rey. No hay noticia de que algún monarca tratara de repasar personalmente su espada, pero si se tiene de que Fernando El Santo, para poder coser por sí mismo el manto de la Virgen -desgarrado por la flecha que iba para él- hubo de ser antes admitido al gremio de los maestros alfayates de Sevilla.

Sucede, además, que la actividad artesana fecunda con ideas y realidades su medio -no urbano generalmente- y, por ello, por ser diversa en sus manifestaciones, dispersa en sus localizaciones, variada en sus formas, tradicional en su esencia, su efecto sociológico es muy importante porque equilibra el medio ambiente social, en una

especie de saneamiento ecológico, al dispersar la actividad laboral variable y corregir así las menos deseables aunque, acaso, difícilmente evitables concentraciones industriales.

La propia naturaleza de esta actividad productiva, caracterizada por las peculiaridades citadas, por el éxito de sus productos y por su incidencia en la cultura, reclama una atención específica del Estado para proteger la pureza de su ejercicio y fomentar su desarrollo, con el alcance y la calidad debidas. Por eso en aquella moción en el Senado se instaba al Gobierno, o a las Administraciones Públicas, a que, por su gran interés social, cultural y económico, promoviesen el desarrollo de las industrias artesanas, preservando la calidad material y artística de sus productos atendiendo, con el debido celo, a la cualificación de sus trabajadores artísticos, en escuelas que supieron mantener la tradición de su brillante pasado, y gracias a cuyo magisterio tantos obreros pudieron mejorar su situación personal y familiar, recreándose, además, con el trabajo bien hecho, aunque mal recompensado, pero realizado en su propio medio natural. Con esta moción, por cierto, me gané el calificativo de “trasnochado”. ¡Qué le vamos a hacer! Prefiero que me quite el sueño un batidor de cobre que una batería de jazz.

Voy a terminar, señoras y señores, con un homenaje en forma de anécdota de un maestro artesano. No importa que no este *documentada*, como dicen los historiadores rigurosos, a mi me sirve y espero que a Vds. también, supongo que hasta este precioso lugar y, por tanto, hasta todos Vds. habrá llegado la película del pacto social o de progreso, o pacto de competitividad, o propuesta sindical prioritaria, cada uno que se quede con el nombre que más le cuadre. Yo me quedo con la anécdota del Maestro Gutiérrez que encierra toda una lección de competitividad que, bien aprendida, haría innecesarios todos los pactos.

El maestro Gutiérrez vivía hace aproximadamente doscientos años, cuando en España reinaba Fernando VII, cuya mujer -la Reina Amalia- era, por lo visto, muy aficionada a bordar. El maestro Gutiérrez solía ir por palacio a echar algún remiendo. En una ocasión la Reina le enseñó una aguja fabricada en Inglaterra, lamentándose de no poder conseguir una igual en España, Gutiérrez rogó a la reina que se la prestara para examinarla. Al cabo de unos días volvió a palacio para devolvérsela a la vez que le entregaba otra hecha por él. Cuando la Reina se estaba deshaciendo en elogios, felicitándole por la finura de su aguja, el Maestro Gutiérrez la advirtió: “Majestad, lo que Vd. tiene en sus manos es el alfiletero; la aguja está dentro”.